



189898

Recordando a Salvador Reyes

LALS195

Por cierto que el espacio marítimo y sus actividades a lo largo del país le deben a Salvador Reyes más de una palabra de gratitud. También Valparaíso, escenario al menos de dos novelas que el tiempo no ha marchitado y que debieran leer estudiantes, preferentemente, para ver si por este lado se despierta el interés por el mar, y, muy especialmente, por conocer este puerto que se mira todos los días, pero que no se ve, o al menos parecen ignorarse las causas que le tienen postrado, disminuido y, lo que es más desolador, sin que asome ni de cerca ni de lejos algún síntoma de recuperación.

Por eso, desdiciendo lo que sostienen algunos cuando las emprenden contra la literatura de ficción y su inutilidad, suelen algunas obras, como éstas de Salvador Reyes: "Mónica Sanders" y "Valparaíso puerto de nostalgia", someter al lector a más de alguna reflexión y eso, desde ya, es un mérito.

En otra ocasión revisaremos estas novelas y su escenario, es decir, Valparaíso, puerto que llevó siempre el escritor en sus afectos por los rincones más exóticos del mundo, o en los más exigentes y exclusivos, como es el caso de su Valparaíso, elaborado y aforado en París.

Ahora, manos amigas nos han hecho llegar la reedición de sus "Andanzas por el desierto de Atacama", porque Salvador Reyes es de esa tierra, precisamente, de la hermosa Caldera, con sus aguas tibias y un perfume penetrante que sube desde las profundidades marinas, invadiéndolo todo.

Y leyéndolas —sería mejor decir rele-yendo este libro— nos parece que la infancia y la adolescencia poseen un embrujo que por lo común no suelen tener otras edades. Parece que allí, en esos años, se fijan en aguafuerte las impresiones más duraderas, las que sobreviven con mayor nitidez a través de los años. Venturosa estancia alada, sin duda; pequeño mundo saturado de imágenes celestes; quimérico reducto que guardamos con porfía, rechazando al tiempo y sus devastadoras destrucciones.

Hijo, como decimos, del norte chileno, Salvador Reyes emigró un día para empezar la carrera diplomática. Como tantos otros, tampoco imaginó que la despedida habría de resultar casi definitiva. Dejaba de golpe el paraíso de su infancia, los lazos que le estaban a Copiapó y sus alrededores: Caldera, el oasis, las culebras, sus juegos, parientes, amigos. Era

el adiós irremediable.

Años, muchos años después, volvió Salvador Reyes al punto de partida. En contraste con la visión que de la vieja Europa traía, emergieron los rostros de sus calles, de Taltal, de El Lincancaur "rojo en el crepúsculo"; los muelles de Antofagasta, la desolación de Paposo, la pampa envuelta en la camanchaca del amanecer. Recuerda: "Cada vez que ha sido posible he vuelto al norte. He debido esperar oportunidades que, por suerte, se han ido presentando y que me han permitido, entre largas ausencias, retornar a mis amados paisajes".

Hay, en este libro escrito con el corazón, un capítulo del que no podemos sustraernos. Para pagar una deuda de gratitud llega una tarde frente a la tumba del sacerdote Domingo Atienza, profesor, en sus años escolares, de castellano y francés. La reminiscencia sobrecoige: "La tumba de don Domingo Atienza se halla frente a la puerta, en el centro del cementerio de San Pedro de Atacama, en el sitio de honor entre esos muertos de altísimo rango todos ellos: hombres y mujeres que vivieron en la sencillez y en el humilde trabajo, con la alegría y la pena de cada día, dando a la esperanza la forma pura del pan cotidiano. La tumba del sacerdote forma el eje de esa rueda de oscuros destinos.

"Me encaminé hasta allí en el atardecer. El Lincancaur todavía no había empezado su transfiguración; soplaban un viento fresco y fuerte. A medida que me acercaba sentía aumentar mi angustia, mi pena o mi temor. Iba a encontrar nada más que una tumba y ya sabía lo que esa tumba significaba para mí". Y concluye: "Cuando me detuve ante el túmulo me sentí perdido, no en un dolor, sino en una tristeza infinita y yerma como el desierto. Hubiera querido que el rostro del pasado se inclinara sobre mí para ver reflejada en sus pupilas la figura de mi amigo. Hice un esfuerzo para concentrar mi vida entera en ese momento. Pero todo no era sino confusión y lejanía. No me había dado cuenta que había anochecido. Oí voces en la puerta del cementerio y me uní a las personas que venían a buscarme".

No hay dudas. Es un libro de evocaciones afectuosas. El norte inefable de tanta realidad y leyenda cobra dimensiones de gran jerarquía en la prosa de Salvador Reyes. Es el norte de ayer, de siempre, adherido al alma que no olvida la buena tierra, la madre tierra.

Hugo Rolando Cortés

El marquis de Salinas, 18. XI. 1991

Recordando a Salvador Reyes [artículo] Hugo Rolando Cortés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés, Hugo Rolando, 1932-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Salvador Reyes [artículo] Hugo Rolando Cortés.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile